 Tiempo de lectura: 12 min.

Francisco de Sales no deseaba convertirse en obispo. “No nací para mandar”, le dijo supuestamente a un colaborador, quien, para animarle, le dijo: “¡Pero todo el mundo te quiere!”. Aceptó al reconocer la voluntad de Dios en la del duque, del obispo monseñor de Granier, del clero y del pueblo. Fue consagrado obispo de Ginebra el 8 de diciembre de 1602 en la pequeña iglesia de su parroquia de Thorens. En una carta a Jeanne de Chantal, escribió que, aquel día, “Dios me había apartado de mí mismo para tomarme para sí y, así, entregarme al pueblo, lo que significa que me había transformado de lo que era para mí en lo que debía ser para ellos”.

Para cumplir la misión pastoral que se le había confiado y que tenía como objetivo servir a “esta miserable y afligida diócesis de Ginebra”, necesitaba colaboradores. Por supuesto, según las circunstancias, le gustaba llamar a todos los fieles “mis hermanos y mis colaboradores”, pero este apelativo iba dirigido sobre todo a los miembros del clero, sus “hermanos”. La reforma del pueblo reclamada por el Concilio de Trento podía, en efecto, comenzar por ellos y a través de ellos.

La pedagogía del ejemplo

Ante todo, el obispo debía dar ejemplo: el pastor debía convertirse en el modelo para el rebaño que se le había confiado y, en primer lugar, para el clero. Con este fin, Francisco de Sales se impuso a sí mismo una Regla episcopal. Redactada en tercera persona, estipulaba no sólo los deberes estrictamente religiosos del oficio pastoral, sino también la práctica de una serie de virtudes sociales, como la sencillez de vida, la atención habitual a los pobres, los buenos modales y la decencia. Desde el principio, leemos un artículo contra la vanidad eclesiástica:

En primer lugar, en cuanto al comportamiento externo, Francisco de Sales, obispo de Ginebra, no usará túnicas de seda, ni túnicas más preciosas que las usadas hasta ahora; sin embargo, serán limpias, bien confeccionadas para que puedan llevarse con propiedad alrededor del cuerpo.

En su hogar episcopal se contentará con dos clérigos y unos pocos sirvientes, a menudo muy jóvenes. También ellos serán educados en la sencillez, la cortesía y el sentido de la acogida. La mesa será frugal, pero ordenada y limpia. Su casa debe estar abierta a todos, porque “la casa de un obispo debe ser como una fuente pública, donde los pobres y los ricos tienen el mismo derecho a acercarse a

sacar agua”.

Además, el obispo debe seguir formándose y estudiando: “Se asegurará de aprender cada día algo que sea en cualquier caso útil y conveniente para su profesión”. Por regla general, dedicará dos horas al estudio, entre las siete y las nueve de la mañana, y después de cenar podrá leer durante una hora. Reconoce que le gusta estudiar, pero le resulta indispensable: se considera un “estudiante perpetuo de teología”.

Conocer a las personas y las situaciones

Un obispo de esta talla no podía contentarse con ser simplemente un buen administrador. Para guiar al rebaño, el pastor debe conocerlo, y para conocer la situación exacta de la diócesis y del clero en particular, Francisco de Sales emprendió una impresionante serie de visitas pastorales. En 1605, visitó 76 parroquias de la parte francesa de la diócesis y regresó “después de seis campañas ininterrumpida”. Al año siguiente, una gran gira pastoral de varios meses lo llevó a 185 parroquias, rodeadas de “montañas aterradoras, cubiertas de una capa de hielo de diez a doce varas de espesor”. En 1607, estuvo presente en 70 parroquias y, en 1608, puso fin a las visitas oficiales de su diócesis desplazándose a 20 parroquias de los alrededores de Annecy, pero siguió realizando muchas más visitas en 1610 a Annecy y a las parroquias de los alrededores. En el transcurso de seis años, habrá visitado 311 parroquias con sus filiales.

Gracias a estas visitas y a los contactos personales, adquirió un conocimiento preciso de la situación real y de las necesidades concretas de la población. Observó la ignorancia y la falta de espíritu sacerdotal de ciertos sacerdotes, por no hablar de los escándalos de algunos monasterios en los que ya no se observaba la Regla. El culto interesado, reducido a una función y contaminado por el afán de lucro, recordaba con demasiada frecuencia los malos ejemplos tomados de la Biblia: “Nos parecemos a Nabal y Absalón, que sólo se regocijaban en el esquileo del rebaño”.

Ampliando su visión de la Iglesia, llegó a denunciar la vanidad de ciertos prelados, verdaderos “cortesanos de la Iglesia”, a los que comparó con cocodrilos y camaleones: “El cocodrilo es un animal a veces terrestre y a veces acuático, da a luz en la tierra y caza en el agua; así se comportan los cortesanos de la Iglesia. Los árboles vuelven sus hojas después del solsticio: el olmo, el tilo, el álamo, el olivo, el sauce; lo mismo ocurre entre los eclesiásticos”.

A las quejas sobre el comportamiento del clero añadió reproches por su debilidad ante las injusticias cometidas por el poder temporal. Recordando a algunos valientes obispos del pasado, exclamó: “¡Oh! ¡cómo me gustaría ver a

algún Ambrosio dando órdenes a Teodosio, a algún Crisóstomo regañando a Eudoxia, a algún Hilario corrigiendo a Constancio!” Si hemos de creer una confidencia de su madre Angélica Arnauld, Monseñor de Sales también gemía por el “malestar en la Curia de Roma”, verdaderos “temas lacrimógenos”, bien convencido sin embargo de que “hablar de ellos al mundo en la situación en la que se encuentra, es motivo de escándalo inútil”.

Selección y formación de los candidatos

La renovación de la Iglesia conllevaba un esfuerzo de discernimiento y de formación de los futuros sacerdotes, muy numerosos en aquella época. Durante la primera visita pastoral en 1605, el obispo recibió a 175 jóvenes candidatos; al año siguiente tuvo 176; en menos de dos años había conocido a 570 candidatos al ministerio sacerdotal o novicios en monasterios.

El mal provenía principalmente de la ausencia de vocación en un buen número de ellos. A menudo, la atracción del beneficio temporal o el deseo de las familias de colocar a sus hijos segundones era preeminente. En cada caso, se requería discernimiento para evaluar si la vocación venía “del cielo o de la tierra”.

El obispo de Ginebra se tomó muy en serio los decretos del Concilio de Trento, que habían previsto la creación de seminarios. La formación debía comenzar a una edad temprana. Ya en 1603 se intentó crear un embrión de seminario menor en Thonon. Los adolescentes eran pocos, probablemente por falta de medios y de espacio. En 1618, Francisco de Sales se propuso apelar directamente a la autoridad de la Santa Sede para obtener apoyo legal y financiero para su proyecto. Quería erigir un seminario, escribió, en el que los candidatos pudieran “aprender a observar las ceremonias, a catequizar y exhortar, a cantar y a ejercitar las demás virtudes clericales”. Todos sus esfuerzos, sin embargo, fueron en vano debido a la falta de recursos materiales.

¿Cómo asegurar la formación de los futuros sacerdotes en tales condiciones? Algunos acudían a colegios o universidades en el extranjero, mientras que la mayoría eran formados en rectorías, bajo la dirección de un sacerdote sabio y culto o en monasterios. Francisco de Sales quería que cada centro importante de la diócesis tuviera un “teologado”, es decir, un miembro del cabildo catedralicio encargado de la enseñanza de la Sagrada Escritura y de la teología.

Sin embargo, la ordenación iba precedida de un examen y, antes de que se le asignara una parroquia (con el beneficio asociado), el candidato debía superar un concurso. El obispo asistía e interrogaba personalmente al candidato para asegurarse de que poseía los conocimientos y las cualidades morales requeridas.

Formación continua

La formación no debía detenerse en el momento de la ordenación o de la asignación a una parroquia. Para garantizar la formación continua de sus sacerdotes, el principal medio de que disponía el obispo era la convocatoria anual del sínodo diocesano. El primer día de esta asamblea se solemnizaba con una misa pontifical y una procesión por la ciudad de Annecy. El segundo día, el obispo daba la palabra a uno de sus canónigos, hacía releer los estatutos de los sínodos anteriores y recogía los comentarios de los párrocos presentes. Después de esto, comenzaría el trabajo en comisiones para debatir cuestiones relativas a la disciplina eclesiástica y al servicio espiritual y material de las parroquias.

Dado que las constituciones sinodales contenían muchas normas disciplinarias y rituales, el cuidado de la formación permanente, intelectual y espiritual era visible en ellas. Hacían referencia a los cánones de los antiguos concilios, pero especialmente a los decretos del "Santísimo Concilio de Trento". Por otra parte, recomendaban la lectura de obras que trataban de pastoral o espiritualidad, como las de Gersone (probablemente la Instrucción de los párrocos para instruir a la gente sencilla) y las del dominico español Luis de Granada, autor de una Introducción al Símbolo.

La ciencia, escribió en su Exhortación a los eclesiásticos, "es el octavo sacramento de la jerarquía de la Iglesia". Los males de la Iglesia se debían principalmente a la ignorancia y la pereza del clero. Afortunadamente, ¡llegaron los padres jesuitas! Modelos de sacerdotes cultos y celosos, estos "grandes hombres", que "devoran los libros con sus incesantes estudios", han "restablecido y consolidado nuestra doctrina y todos los santos misterios de nuestra fe; de modo que aún hoy, gracias a su encomiable labor, llenan el mundo de hombres doctos que destruyen la herejía por doquier". Al final, el obispo resumía todo su pensamiento: "Puesto que la divina Providencia, sin tener en cuenta mi incapacidad, me ha establecido como vuestro obispo, os exhorto a estudiar sin cansaros, para que, siendo doctos y ejemplares, seáis irreprochables y estéis preparados para responder a todos los que os interroguen sobre cuestiones de fe".

Formando predicadores

Francisco de Sales predicaba tan a menudo y tan bien que fue considerado uno de los mejores predicadores de su época y un modelo para los predicadores. No sólo predicó en su diócesis, sino que aceptó predicar en París, Chambéry, Dijon, Grenoble y Lyon. También predicó en el Franco Condado, en Sion en el Valais y en varias ciudades del Piamonte, en particular Carmagnola, Mondovì, Pinerolo, Chieri y Turín.

Para conocer su pensamiento sobre la predicación, hay que remitirse a la

carta que dirigió en 1604 a Andrea Frémyot, hermano de la baronesa de Chantal, joven arzobispo de Bourges (sólo tenía treinta y un años), que le había pedido consejo sobre cómo predicar. Para predicar bien, dijo, se necesitan dos cosas: ciencia y virtud. Para obtener un buen resultado, el predicador debe tratar de instruir a sus oyentes y tocarles el corazón.

Para instruirlos, hay que ir siempre a la fuente: las Sagradas Escrituras. No deben descuidarse las obras de los Padres; en efecto, "¿qué es la doctrina de los Padres de la Iglesia, sino una explicación del Evangelio y una exposición de la Sagrada Escritura?" Es igualmente bueno servirse de las vidas de los santos que nos hacen oír la música del Evangelio. En cuanto al gran libro de la naturaleza, la creación de Dios, obra de su palabra, constituye una extraordinaria fuente de inspiración si se sabe observarlo y meditarlo. Es un libro -escribe- que contiene la palabra de Dios. Como hombre de su tiempo, educado en la escuela de los humanistas clásicos, Francisco de Sales no excluye de sus sermones a los autores paganos de la antigüedad e incluso una pizca de su mitología, pero los utiliza "como se utilizan los hongos, es decir, sólo para abrir el apetito".

Además, lo que ayuda mucho a la comprensión de la predicación y la hace amena es el uso de imágenes, comparaciones y ejemplos, tomados de la Biblia, de autores antiguos o de la observación personal. En efecto, los símiles poseen "una increíble eficacia a la hora de iluminar la inteligencia y mover la voluntad".

Pero el verdadero secreto de una predicación eficaz es la caridad y el celo del predicador, que sabe encontrar las palabras adecuadas en el fondo de su corazón. Hay que hablar "con calor y devoción, con sencillez, con candor y con confianza, estar profundamente convencido de lo que se enseña e inculcar a los demás". Las palabras deben salir del corazón más que de la boca, porque "el corazón habla al corazón, mientras que la boca sólo habla a los oídos".

Formar confesores

Otra tarea emprendida por Francisco de Sales desde los albores de su episcopado fue redactar una serie de Advertencias a los Confesores. Contienen no sólo una doctrina sobre la gracia de este sacramento, sino también normas pedagógicas dirigidas a aquellos que tienen la responsabilidad de guiar a las personas.

En primer lugar, quienes están llamados a trabajar por la formación de las conciencias y el progreso espiritual de los demás deben empezar por sí mismos, no sea que merezcan el reproche: "Médico, cúrate a ti mismo"; y la admonición del apóstol: "Tú que juzgas a los demás, te condenas a ti mismo". El confesor es un

juez: a él le corresponde decidir si absuelve o no al pecador, teniendo en cuenta las disposiciones interiores del penitente y las normas vigentes. También es médico, porque “los pecados son enfermedades y heridas espirituales”, por lo que le corresponde prescribir los remedios adecuados. Sin embargo, Francisco de Sales subraya que el confesor es ante todo un padre:

Recuerda que los pobres penitentes al comenzar su confesión te llaman padre, y que, en efecto, debes tener un corazón paternal hacia ellos. Recíbelos con inmenso amor, soportando pacientemente su tosquedad, ignorancia, debilidad, lentitud de comprensión y otras imperfecciones, sin dejar nunca de ayudarlos y socorrerlos mientras haya en ellos alguna esperanza de que puedan corregirse.

Un buen confesor debe estar atento al estado de vida de cada persona y proceder de forma diversificada, teniendo en cuenta la profesión de cada uno, “casado o no, eclesiástico o no, religioso o secular, abogado o procurador, artesano o agricultor”. El tipo de acogida, sin embargo, debía ser el mismo para todos. Él, según la madre de Chantal, recibía a todos “con igual amor y dulzura”: «señores y señoras, burgueses, soldados, criadas, campesinos, mendigos, enfermos, malolientes y abyectos presos”.

En cuanto a las disposiciones interiores, cada penitente se presenta a su manera, y Francisco de Sales puede apelar a su propia experiencia cuando traza una especie de tipología de penitentes. Están los que se acercan “atormentados por el miedo y la vergüenza”, los que son “desvergonzados y sin ningún temor”, los que son “tímidos y alimentan alguna sospecha de obtener el perdón de sus pecados”, y los que, finalmente, están “perplejos porque no saben cómo decir sus pecados o porque no saben cómo hacer su propio examen de conciencia”.

Una buena manera de animar al penitente tímido y de infundirle confianza es reconocerle que “no es ningún ángel”, y que “no le parece extraño que los hombres cometan pecados”. Con el tímido hay que comportarse con seriedad y gravedad, recordándole que “a la hora de la muerte de nada dará cuenta sino de las confesiones que ha hecho”. Pero, sobre todo, el obispo de Ginebra insiste en esta recomendación: “Sed caritativos y discretos con todos los penitentes y especialmente con las mujeres”. Encontramos este tono salesiano en el siguiente fragmento de consejo: “Guardaos de emplear palabras demasiado duras con los penitentes; pues a veces somos tan austeros en nuestras correcciones que nos mostramos más culpables de lo que son culpables aquellos a quienes reprochamos”. Además, procurará “no imponer a los penitentes penitencias confusas, sino específicas, y estar más inclinado a la dulzura que a la severidad”.

Formar juntos

Por último, conviene tener en cuenta una preocupación del obispo de Ginebra sobre el aspecto comunitario de la formación, pues estaba convencido de la utilidad del encuentro, de la animación mutua y del ejemplo. No se forma bien si no es juntos; de ahí el deseo de reunir a los sacerdotes y también, en la medida de lo posible, de dividirlos en grupos. Las asambleas sinodales que, en Annecy, veían a los párrocos reunidos una vez al año en torno a su obispo eran algo bueno, incluso insustituible, pero no suficiente.

Para ello, el obispo de Ginebra amplió el papel de los "supervisores", una especie de animadores de los sectores pastorales con la "facultad y la misión de apoyar, advertir, exhortar a los demás sacerdotes y velar por su conducta". Se encargaban no sólo de visitar a los párrocos y las iglesias bajo su jurisdicción, sino también de reunir a sus hermanos dos veces al año para debatir cuestiones pastorales. El obispo era muy partidario de estas reuniones, "subrayando la importancia de las asambleas y ordenando a sus supervisores que le enviaran los registros de los presentes y los motivos de los ausentes". Según un testigo, les hizo pronunciar "sermones sobre las virtudes exigidas a un sacerdote y los deberes de los pastores en relación con el bien de las almas que les han sido confiadas". También hubo "una conferencia espiritual sobre las dificultades que podrían surgir en relación con el sentido de las Constituciones sinodales o los medios necesarios para obtener mejores resultados con vistas a la salvación de las almas".

El deseo de reunir a sacerdotes fervorosos le sugirió un proyecto inspirado en los Oblatos de San Ambrosio, fundados por San Carlos Borromeo para ayudarle en la renovación del clero. ¿No podría intentarse algo similar en Saboya para fomentar no sólo la reforma sino también la devoción entre las filas del clero? De hecho, según su amigo monseñor Camus, Francisco de Sales habría cultivado el proyecto de crear una congregación de sacerdotes seculares "libres y sin votos". Renunció a él cuando se fundó en París la congregación del Oratorio, una sociedad de "sacerdotes reformados" que intentó llevar a Saboya.

Sus esfuerzos no siempre se vieron coronados por el éxito; testimonian, en cualquier caso, su constante preocupación por formar a sus colaboradores en el marco de un proyecto global de renovación de la vida eclesiástica.